ORAR EN EL MUNDO OBRERO

3er Domingo de Pascua (26 de abril de 2020)

(Comisión Permanente de la HOAC)

Me dispongo a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos.

El prodigio cósmico, inenarrable, infinito, de Dios dejándose matar por los hombres, era demasiado grande y lo tenían demasiado cerca para que pudieran, no digo verlo, sino ni siquiera sospecharlo, y tomaron la Gran victoria como si fuera el fracaso definitivo, como lo confirman las palabras «desinfladas» de los discípulos que iban a Emaús.
¡Y eso que entonces ya se corría la voz de que había resucitado! (Rovirosa, OC, T.I. 485).

Creíamos que era Él, se decían uno al otro los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 21). Una esperanza defraudada está en la raíz de su amargura. Pero debemos reflexionar: ¿es el Señor quien nos ha defraudado, o hemos confundido la esperanza con nuestras expectativas? La esperanza cristiana en realidad no defrauda y no falla. Esperar no es convencerse de que las cosas mejorarán, sino de que todo lo que sucede tiene sentido a la luz de la Pascua. Pero para esperar cristianamente uno debe vivir una vida de oración sustanciosa. Es allí donde se aprende a distinguir entre las expectativas y las esperanzas (Francisco, Liturgia penitencial con el clero de la diócesis de Roma. 27 de febrero de 2020).

Desde los textos, me sitúo en la vida

Este tiempo de confinamiento trae muchas expectativas consigo para el momento posterior. También trae esperanzas. Es importante no confundirlas. Las expectativas tienen más que ver con la mejora de la situación, con lo que deseamos. Nuestra esperanza tiene más que ver con el sentido que somos capaces de encontrar a lo que vivimos, con lo que del Reino de Dios germina en medio de estos acontecimientos. Mucha necesidad de esperanza nos llega en los gritos de los pobres. Quizá hemos de gritar nuestra necesidad de esperanza, y poner oído a otros gritos.

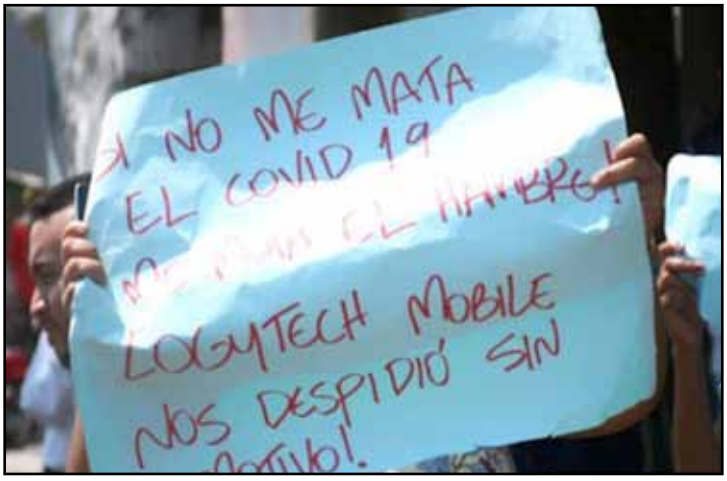
Un grito

Señor, a veces ando cansado,
a menudo frustrado, irritado,
pero siempre con la esperanza de llegar,
algún día, a la ciudad eterna, lejana,
resplandeciente en el sol de la tarde.
Dios mío, eres fiel a tus promesas…
Llena mi corazón
y satisface mi deseo más profundo.
No hay nada más que esta promesa
para agarrarme firmemente…
Me aferro con fe a esta promesa desnuda.
Oh Señor, dame coraje,
dame esperanza
y dame confianza.

(oración inspirada en Henri Nouwen)

Hoy me dice LA PALABRA…

Lucas 24, 13-35.- Nosotros esperábamos… y ya ves.



Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».

Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

Dos discípulos que han perdido la fe y la esperanza, superados por los acontecimientos vividos: el fracaso de sus expectativas, la inutilidad de sus respuestas aprendidas, de los criterios previos a todo... superados por el escándalo de la Cruz. Y han perdido con ello la capacidad de abrirse a lo vivido, de reconocer la presencia del resucitado, de acogerlo y orientar su vida en la dirección del proyecto del reino; han perdido –quizá nunca la tuvieron– la capacidad de escuchar y discernir la voz de Dios en los acontecimientos.

Sigue siendo esta la dificultad de muchos cristianos también hoy. Seguimos creyendo que Dios debe decir lo que esperamos que diga; que Dios está al servicio de nuestra manera de entender la vida, de nuestros proyectos personales o comunitarios propios. Seguimos siendo incapaces de comprender.

Pero cuando se ponen a la escucha de Jesús, que les explica el proyecto de Dios, cuando se dejan interpelar, *sienten arder el corazón*. Y se dan en ellos señales de Vida: *Quédate con nosotros.* Y, entonces, al partir el pan, *lo reconocieron*. Han acogido a Jesús, sin saberlo, porque han acogido al ser humano, porque han sentado a su mesa a quien camina con ellos; porque en el encuentro fraterno, en el pan partido y compartido, en la misma mesa, han descubierto la nueva presencia de Jesús en medio de ellos. En la comunidad reunida en el amor, en la escucha y acogida de la Palabra, en la memoria eucarística de la última cena, en la entrega y donación, en el pan compartido, en la acogida del peregrino... ahí está Jesús resucitado. Ahí encuentra la comunidad la presencia del resucitado.

El camino de Jerusalén a Emaús es un camino de abandono, de desesperanza; es el camino de la desilusión, de los que esperan solo hasta cierto punto, solo en sus proyectos, solo en sus ideas y en su manera de ver las cosas, de los que no han aprendido o no quieren entregarse del todo. Es el camino de nuestras huidas de la responsabilidad, de nuestra cerrazón al plan de Dios, de nuestro deseo de seguir controlándolo todo, de nuestra incapacidad de integrar el fracaso, de nuestro no acabar de aceptar la Cruz. Pero, de alguna manera es el camino de la vida que todos tenemos que recorrer. Un camino que, en el encuentro con el resucitado, se deshace para recorrerlo de vuelta.

Es el camino, el de regreso a Jerusalén, de desandar lo andado, de volver a la realidad de cada día, esperanzados no en nuestras ilusiones, sino en el proyecto amoroso de Dios. Es el camino del testigo, de quien sabe reconocer lo visto y oído.

Nuestra Pascua se hará Pascua de Resurrección, en verdad, si sabemos abrirnos a la presencia del resucitado en la Cruz, y en tantas cruces de hoy: en la de quienes han visto reducido su salario o su trabajo con los ERTES, en quienes lo han perdido, porque las empresas han querido aprovechar la coyuntura, en quienes siguen jugándosela por defender una sanidad de todos, en quienes se la juegan por salvar vidas cada día; en quienes han visto agravada la precariedad de su existencia, en quienes han quedado aún más descartados de lo que ya estaban. Nuestra pascua será pascua si estamos dispuestos a vivir entregando nuestra vida para que otros puedan vivir y puedan hacerlo con dignidad, a pesar de las consecuencias.

Nuestra pascua será pascua de Resurrección si en esos hermanos y hermanas sin trabajo, con su dignidad herida, con vidas precarias, excluidos de nuestro mundo, descubrimos al resucitado, y estamos dispuestos a dejarnos acompañar por él, como testigos del Reino. Seguro que en mi proyecto de vida encuentro aspectos que necesito poner en sintonía pascual.

Vuelvo a poner mi vida y mi proyecto en manos del Padre; oro:

¿Dónde estás?

¿Qué dónde estoy, me preguntas?
A tu lado estoy, en la noche de la espera,
en el alba de la vida, en el viento de la sierra,
en la tarde despoblada, en el sueño que no sueña,
en el hambre desgarrada, y en el pan para la mesa;
En el hombre que me busca, y en aquel que se me aleja,
en el canto del hogar, y en el llanto de la guerra,
en el gozo compartido, y en la aislada amarga pena (...)
En el silencio sellado, y en el grito de protesta.
En la cruz de cada día, y en la muerte que se acerca.
En la luz de la otra orilla y en mi amor como respuesta.

Que dónde estoy, me preguntas.
A tu lado estoy, vivo y camino en la tierra,
peregrino hacia Emaús para sentarme a tu mesa;
Al partir de nuevo el pan descubrirás mi presencia.
Estoy aquí con vosotros, con el alma en flor despierta,
en esta pascua de amor, galopando por las venas
de vuestra sangre empapada de un Dios que vive y sueña.

Que dónde estoy, me preguntas?
A tu lado estoy; desnúdate a la sorpresa,
abre los ojos y mira hacia dentro y hacia fuera,
que en el lagar del dolor tengo mis gozos y penas,
y en la noria del amor, yo, tu Dios, llamo a la puerta...

Que dónde estoy, me preguntas.
En tu vida, es la respuesta.

(A. Bellido)

Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús,
te ofrecemos todo el día...

Que tu Reino sea un hecho en las fábricas, en los talleres, en las minas, en los campos, en el mar, en las escuelas, en los despachos, en nuestras casas...

María, Madre de los pobres, Ruega por nosotros.